



Milia Gayoso Manzur

Micro cuentos para soñar en colores

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Milia Gayoso Manzur

Micro cuentos para soñar en colores

Milia Gayoso Manzur

Nació en Villa Hayes (Paraguay), el 30 de mayo de 1962. En ese lugar vivió hasta los 9 años, época en que comenzó a crear sus primeros relatos orales. Luego residió en Buenos Aires (Argentina), hasta los 15 años; allí bosquejó sus primeros escritos.

De nuevo en Paraguay, estudió Periodismo en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Asunción; publicó sus primeros artículos en la revista universitaria TURU y en el suplemento femenino del Diario Hoy.

Actualmente se desempeña como redactora del Suplemento Eva del Diario La Nación.

Milia Gayoso Manzur es miembro de la Sociedad de Escritores del Paraguay, de Escritoras Paraguayas Asociadas y del Pen Club del Paraguay.

20 micro cuentos sin prólogo

Sabemos que ningún libro necesita lo que llamamos prólogo. Es lo primero que quiero decir a quien lea esta página, única prescindible, del libro que Milia Gayoso escribió, seguro, para sus tres maripositas, y que hoy comparte contigo, conmigo... para que no sólo sus hijas sean dichosas.

¡Qué suerte la mía! Gracias a este libro de Milia, he vuelto a recordar cuánto me encantaba que mi abuela, riendo siempre, me contara cuentos como sólo ella sabía. Por eso sé que la mágica manera de contar cuentos Julio, que menciona Milia en su dedicatoria, quedará en el corazón de sus niñas durante mucho tiempo, y que alguna vez, ya grandes, ellas rememorarán esas historias, esos relatos, que revivirán o intensificarán su felicidad, que las ayudarán a seguir soñando durante toda su vida, en blanco y negro, o en colores. Así de importantes y trascendentes son estas cuestiones en apariencia tan nimias y pasajeras.

Eso sucederá, naturalmente, con estos cuentos de Milia Gayoso, porque el valor de la literatura destinada a la niñez es inconmensurable. Y estas historias, cercanas a la necesidad de las criaturas, con argumentos sencillos y profundos, inocentes y creativos, tiernos y creíbles, con desenlaces accesibles, sin rimbombancias ni puerilidades, cuyos personajes

pueden ser los seres con los que convivimos cada día, hallarán, sin duda, por eso mismo, su lugar, merecido, en el corazón de sus lectores y lectoras, que encontrarán en muchas de ellas una moraleja como en las fábulas, y en todas, la muestra de cuanto el talento de una generosa y talentosa escritora y periodista puede entregarnos. Joven aún, puede ella seguir contribuyendo en calidad y cantidad a la todavía breve lista de obras paraguayas para la niñez.

Esto me lo han confirmado el alboroto de los colibríes que le dieron la bienvenida cuando Milia llegó a casa, y la sonrisa dichosa, la avidez de los ojos y el interés de la voz de un niño de siete años, muy querido, al pedirme hoy: «Por favor, ahora el siguiente», a medida que leíamos los Micro cuentos para soñar en colores, de Milia Gayoso.

Como he dicho al comienzo, los libros no necesitan prólogo. Y éste, menos que otros. De modo que no llevará ninguno. Demos, simplemente, leyéndolos y contándolos, una cariñosa bienvenida a estos Micro cuentos para soñar en colores, de Milia Gayoso. Y soñemos, no importa en qué color.

Gladys Carmagnola

7 de agosto de 1999

Un oso llamado Luisito

En una pequeña ciudad llamada Kinoto vivía una familia de osos. Mamá Carla, papá Luis y el pequeño Luisito eran muy felices. Sólo que el pequeñín era bastante desobediente y rezongón.

Al osito le encantaba escaparse a la calle. Todos los días su mamá le encargaba que no llegara solo más allá de la esquina, que no saliera a la calle, que no la cruzara solo, que no hablara con extraños, que no subiera al auto de ninguna persona que pasara por allí y que él no conociera.

Una tarde, Luisito tenía muchas ganas de pasear, pero su mami estaba ocupada lavando las ropas. Entonces, desobedeciendo sus órdenes, salió a la calle. Se fue a la esquina a mirar, caminó un poquito hasta la plaza, otro poquito y otro poquito. Le llamó la atención una avenida llena de árboles altos y muy hermosos.

Caminó y caminó hasta llegar al final del camino. Luego comenzó a oscurecer y se dio cuenta que estaba perdido. Había muchos árboles a su alrededor. Se puso muy oscuro y llovió repentinamente.

Luisito perdió el rumbo y se sentó a llorar. Lloró despacito sentado sobre una piedra. De pronto escuchó un alegre silbido hacia uno de los costados, miró y vio a un perrito que venía tarareando una canción, con una bolsa en la mano derecha y un paraguas en la izquierda.

Era Perrín, que volvía del almacén. «¿Por qué llorás osito lindo?», le dijo el simpático perrito. «Es que estoy perdido, no sé cómo volver a mi casa», le contestó el atribulado osito. «No te preocupes, amigo, podés quedarte esta noche en mi casa y mañana mi papá y yo te ayudaremos a encontrar tu casita», lo alentó.

Luisito y Perrín se fueron a la casita de éste. La misma estaba ubicada en el corazón del bosque. Perrín le contó a sus papis lo que le había ocurrido a su nuevo amiguito y ellos dijeron que lo cuidarían esa noche.

Mamá perrita le dio una ducha tibia a Luisito y le preparó una sopa caliente. Luego, el osito que era tan comilón comió casi toda la comida de los hermanitos de Perrín. Todos lo miraban encantados porque era muy simpático. Durmió en el suelo sobre varias mantas.

Por la mañana, después de desayunar, la familia de Perrín en pleno salió a buscar la casa de Luisito. Cuando estaban saliendo del camino de la arboleda, vieron a los desesperados padres de Luisito correr hacia ellos.

El osito se echó en brazos de sus padres y juró que nunca más desobedecería las órdenes de ambos. Carla y Luis agradecieron a los padres de Perrín por haber cuidado a su hijito y prometieron ir a visitarlos el siguiente domingo.

Luisito volvió a su casa, muy agarradito de las manos de sus papis.

Luisito en el jardín de infantes

Sus papis pensaron que enviándolo a un jardín de infantes, Luisito aprendería a comportarse mejor: a compartir sus cosas, a ser más obediente y que le ayudaría a utilizar bien su enorme exceso de energía. ¡Bah!, fiesta total en la cabeza del osito. No durmió en toda la noche imaginando lo mucho que «cabezudearía» en su escuela. Durante mucho tiempo soñó con ir a esa preciosa escolita.

Cada vez que pasaba por allí, la muralla blanca con mariposas pintadas lo atraía como un imán. Cuando llegó el gran día en que traspasó la puerta verde de hierro, tomadito de la mano de papá y mamá, sintió que su corazón galopaba como un pony.

Por ser el primer día, llevó muchísimas cosas para merendar: manzanas, galletitas, yogur, sandwiches. Se lo comió todo solito. Durante toda la noche comentó en su casa lo bien que lo había pasado; habló de sus nuevos amiguitos, de su profe, la gatita Vilma; de la calesita, el tobogán, de las ruedas en hilera, de la... En realidad no hizo falta que contara que jugó muchísimo: la suciedad de su ropa lo delataba.

Cada día, Luisito crecía más y más. Demasiado para un osito de cuatro años. Y cada día llevaba más cosas para merendar. Una tarde, cuando la profe anunció la hora de la merienda, Luisito sacó sobre su mesita su enorme provisión de alimentos. Cuando estaba por morder su empanada, se le acercó su compañero Fito, el osito hormiguero, quien le pidió un pedazo.

-¿Mi empanada? -le preguntó Luisito.

-Por favor -dijo Fito-, tengo mucha hambre y no traje nada porque mi mami no tenía dinero para mi merienda.

-¡Qué me importa! -le contestó Luisito-. Esto es para mí solito, no te voy a convidar.

La ardilla Anita lo miró asombrada sin entender cómo podía ser tan egoísta. Le reprochó su conducta e invitó a Fito a compartir su paquete de galletitas. Luisito continuó devorando impávido su enorme provisión.

Días después, cuando la profe dio permiso para que los animalitos consuman sus alimentos, Luisito comprobó horrorizado que su mochila estaba vacía. ¿Dónde estaban las dos manzanas, los tres yogures, el sandwich de jamón y queso, la pera de agua, las dos bananas, dónde...? Entonces notó que su mochila tenía un enorme agujero y se dio cuenta que por allí se fueron cayendo las cosas. Se puso a llorar desconsoladamente y le pidió a Joaquín, el ciervito, que le invitara un pedazo de su alfajor.

-Claro que no te voy a invitar, osito hambriento -le dijo-. Vos jamás le invitás a nadie.

Luisito lloró de hambre. La profesora le dio su sandwich, pero aquello no era suficiente para él. Fue entonces que Anita se acercó a su sillita y le ofreció su yogur y le pidió a todos los compañeritos que le dieran algo, para que Luisito aprendiera a compartir y a valorar a sus amiguitos. Todos le hicieron caso a la ardillita.

De vuelta a su casa, Luisito le contó a su mamá lo sucedido. Al día siguiente, el osito llegó al Jardín de Infantes Mariposita sin merienda. Esto les llamó la atención a todos sus compañeritos. Sin embargo, a la hora de merendar, llegaron los padres de Luisito con paquetes de golosinas, galletitas y jugos para todos.

Juntaron todas las mesitas del aula y formaron una gran mesa. Allí pusieron todas las meriendas y los alimentos traídos por mamá y papá oso. ¿Qué festejaron? La hermosa amistad de todos los compañeritos de ese jardín de infantes.

Luisito en el parque de diversiones

Llegó un enorme parque de diversiones a la ciudad donde vivía Luisito. Por supuesto, él estaba preparadísimo para ir a divertirse. Su papá le prometió llevarlo el domingo siguiente si es que esa semana se portaba bien en la escuela, porque era bastante inquieto.

Luisito se portó como el más obediente de los ositos. No le tironeó la cola a ningún compañerito, no le hizo zancadillas a las ositas ni a las conejas, se fue al almacén sin protestar, hizo sus deberes, lo ayudó a su papá a regar el jardín y todas las tardes guardaba su bicicleta después de jugar.

Entonces llegó el gran día. Luisito y sus papis se fueron al parque. El osito tomó helados, comió panchos, se dio varias vueltas en la calesita, se asustó en el tren fantasma, se paseó con su papá en la montaña rusa... pero no lo dejaron subirse a la rueda gigante. Se sintió muy desilusionado.

Rogó y rogó pero no lo dejaron. Entonces le pidió a su papá que lo dejara mirar por un rato, mientras ellos continuaban recorriendo. Con la recomendación de que no se moviera del lugar donde lo dejaban, le permitieron quedarse a observar.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco vueltas. Luisito miraba extasiado cómo la enorme rueda giraba y giraba con un montón de niños y animalitos gritando de alegría. Metió las manos en los bolsillos y sintió algo: era un billete. Lo miró y sonrió.

Compró su boleto. El cuidador lo ayudó a subir. Eligió una silla para él solito. Cuando la rueda comenzó a girar se puso a cantar su canción favorita. Giró y giró, pero de pronto, la rueda se quedó parada. Se había cortado la corriente eléctrica. Luisito se quedó en la parte más alta de la rueda.

Un rato, dos ratos, otro rato más. El osito se asustó. Los niños de las otras sillas comenzaron a llorar y él también. Primero despacito, después más intensamente. Luego ya gritó: «¡Papá, mamá, socorro...!», gritó tanto que sus padres lo escucharon desde donde estaban.

«Ese osito desobediente me va a escuchar», dijo muy enojado papá oso. «Mi pobre Luisito», murmuró sollozando su mamá. Cuando Luisito vio a sus papis cerca de la base de la rueda se sintió más tranquilo.

Por fin, cuando volvió la electricidad, la rueda comenzó a girar de nuevo. Y Luisito se bajó. Su mamá lo abrazó muy fuerte y su papá también, pero después le dio un tirón de orejas por desobediente.

Cielito

En una de las praderas más hermosas del mundo, vivía una mariposita azul encantadora. Cuando nació, su color era idéntico al cielo, por eso sus padres la llamaron Cielito.

La mariposita azul creció feliz. Volaba con sus hermanitos, sorbía el néctar de las flores, iba al arroyo a tomar agua, subía y bajaba los peñascos como si fuera un pequeñísimo avión, jugando una carrera con sus amiguitos.

También iba a la escuela para mariposas de la pradera. Cuando creció más, Cielito comenzó a soñar con un lindo mariposito de su mismo color, porque allí, en su pradera, ella era la única de color azul; los demás eran de color amarillo, marroncitos, lilas, blancos, verdes, a motitas rosas, pero ninguno azul.

Por eso, Cielito era la más rara y hermosa, además, como era tan buena, todos la querían mucho. Sin embargo, alguien la amaba en forma muy especial: era Beto, un precioso mariposito amarillo como el sol. Beto soñaba con que Cielito llegara a amarlo... pero ella continuaba soñando con conocer a un mariposo azul. Estaba segura de que algún día lo encontraría.

De nada sirvió que Beto cortara para Cielito las flores más hermosas de la pradera, ni que volara frente a ella haciendo mágicos dibujos en el aire. Cielito sólo lo quería como amigo. Desesperado, Beto ideó la forma de cambiar de color.

Juntó muchísimas flores azules y fabricó un tinte con el cual se tiñó las alas. Quedó raro y bonito. ¿Qué te hiciste Beto? Le preguntó Cielito atajando la risa y Beto se sintió muy triste. Al día siguiente voló hasta la pradera que está al otro lado del río y juntó las flores de color azul más profundo. Volvió a fabricar el tinte y se encimó el color de las alitas. El resultado fue mucho mejor. Cielito estaba fascinada.

Salieron a volar por la pradera. Visitaron el río, el arroyo lleno de piedras, tomaron agua en el estanque de los pajaritos, bebieron el néctar de las margaritas, jugaron una carrera hasta el lapacho amarillo y se tiraron a descansar sobre el césped.

Pero empezó a llover. Se refugiaron debajo de las hojas de un árbol. Sin embargo, Beto, que se había mojado por proteger a Cielito, comenzó a desteñirse. Quedó feísimo. Antes de que parara la lluvia, se fue volando muy triste hacia su casa.

Cielito no lo volvió a ver en varios días. La mariposita azul se fue a pasar las vacaciones a otra pradera, donde vivían sus tíos y sus primas: una mariposita blanca, otra rosada, una amarilla y otra de color verde claro. ¡Qué felices se pusieron al verla! Planearon días felices volando entre las rosas rojas y gladiolos amarillos del jardín de doña Bernarda.

Cuando iba camino a su paseo, Cielito quedó muda cuando vio al mariposo más hermoso que había visto en su vida: era de un color azul intenso, con ráfagas de luz en sus alas. Fue un hechizo mutuo, él también quedó impactado con la belleza de la mariposita visitante.

Al día siguiente, él la buscó y la invitó a pasear entre los coloridos alhelíes del jardín de don Roberto. Y se hicieron novios. Cielito creyó que no podía soportar tanta felicidad. Pero ésta no duró mucho. Sus primas le advirtieron que Roque -así se llamaba el llamativo mariposito- tenía demasiadas amigas en la pradera. Pero Cielito pensó que podría llegar a quererla sólo a ella.

Sin embargo, al día siguiente lo vio pasear con cinco mariposas diferentes. Al día siguiente con otras tantas, y otras y otras. Cielito le preguntó por qué lo hacía y Roque le respondió que él no podía ser novio de una sola mariposa.

Cielito volvió a su casa muy triste. Durante varios días no salió del jardín donde vivía, no quiso pasear, volar, comer ni conversar con Beto que le había traído un clavelito de regalo.

Una tarde se armó un tremendo barullo en el jardín de al lado. Escuchó hablar a sus vecinas. Salió a mirar. Había llegado Roque, más brillante y coqueto que nunca. El mariposo azul le pidió disculpas y Cielito volvió a sonreír.

Pero al día siguiente, vio a Roque paseando con sus propias amiguitas. Con una de mañana, con otra de siesta, con otra de tarde. Con otra al día siguiente, con la mariposa lila a las cuatro, con la mariposa amarilla a las cinco... entonces le dijo que se fuera para siempre.

Se quedó más triste que nunca por muchos días. Una tarde se dio cuenta de que no debería estar así y salió a buscar a Beto para ir a volar hasta el arroyo del cerro. Lo encontró en la orilla del río, posado sobre una pequeña planta, muy pensativo.

«¿Ya estás mejor Cielito?», le preguntó a su amiga. Ella le respondió afirmativamente. «No te pongas triste, Cielito -le dijo-, algún día encontrarás un mariposo azul muy bueno que te quiera sólo a ti».

«Ya no quiero eso, Beto -afirmó Cielito-, ahora me di cuenta que lo importante no es el color de las alas sino el del corazón».

Y Beto se puso muy feliz pensando que, quizá muy pronto, Cielito podría llegar a quererlo muchísimo...

La orquesta de animalitos

Al borde de la laguna se formó la orquesta. Allí, un grupo de animalitos se volvió concertista. ¿Qué pasó? Una tarde llegó un mago viejecito y le repartió a cada uno un instrumento y también le enseñó a ejecutarlo.

La rana tocaba la guitarra, el sapito el violín, la hormiguita un arpa, el grillo tocaba el flautín. El pequeño escarabajo se unió al grupo y pidió una pandereta; a la cucarachita le dieron unas castañuelas. Juanito el saltamontes silbaba al ritmo del compás mientras la cigarra tocaba una maraca. ¡Ah! Y la verde lagartija movía sus deditos sobre un lindo pianito de cola.

Se juntaban a las cinco de la tarde para ejecutar melodías que alegraban el corazón: li - la - ri - la - la li - la - ri - la - la... la la - la la - la la... y todos los animalitos de la zona corrían a escucharlos.

Los bichitos guardaban sus instrumentos en la abandonada casita de un perro del vecindario. Pero un día, los mismos desaparecieron. Todo era tristeza. Buscaron y buscaron por todas partes, pero ninguno apareció; se acabaron los conciertos a las cinco. Una tarde, apareció la viborita Luli y les sugirió tararear y silbar las canciones sin instrumentos. Ellos probaron, pero no resultó, nada era igual sin los instrumentitos.

Después de varias tardes, por el polvoriento camino vieron llegar al anciano mago. Todos corrieron a contarle lo que había sucedido. El mago los escuchó y sonrió pícaramente. «¿Por qué se ríe de nuestra tristeza señor mago?», le preguntó la ranita. «Porque fui yo quien se llevó los instrumentos», le contestó. Todos se miraron asombrados y sin entender por qué les arrebató su preciado regalo.

«Me los llevé porque ya estaban muy usados y quise traerles otros nuevos», agregó el simpático ancianito. Los animalitos vieron con alegría cómo el mago sacaba de su bolsa los relucientes instrumentitos.

A las cinco de la tarde, el concierto de bichitos volvió a sonar cerca de la laguna.

El ratón violinista

Las paredes de la habitación pintadas en rosado hacen juego con la cortina. Pero ésta es de un rosa más oscuro, lleno de dibujos de alegres ratones tocando un violín. El soporte oscuro de la cortina es del mismo tono que el violín. Más abajo, las tres camitas en fila están pobladas de osos, muñecos, perritos, hojas dibujadas y lápices. Sobre los edredones, Piolín y Silvestre sonríen pícaros.

En las camitas, comparten esa sonrisa las osas Verónica y Rosita, el pintarrajeado muñeco Guillermo, el amado oso Luisito, el conejo dormilón, María, la hermanita de Guille, el perrito Tobías, Felipe y muchos otros de constante visita a la habitación.

Mientras el sol alumbra, los ratones de la cortina se quedan quietecitos sosteniendo sus violines, mientras la vida bulle en la casa. De noche, después de los cuentos, el padrenuestro, la oración al ángel de la guarda, los besos, los mimos o los retos, cuando las nenas se tardan en dormir, todo queda en silencio.

Entonces, cuando una tenue luz alumbra el pasillo y las respiraciones de las niñas que duermen en sus camas se hace pausada, la rosada cortina se mueve despacito. ¿Qué ocurre? Uno de los ratones dibujados en la misma baja despacito al suelo y comienza a ejecutar su violín. «Li... mi... fi... lilili... mi... fi... li...». Uno a uno comienzan a juntarse a su alrededor todos los pequeños bichitos nocturnos: hormiguitas, cucarachitas negras, dos grillos rubiecititos, bichitos de luz que han llegado del baldío, maripositas nocturnas... todos llegan a escucharle extasiados, pero no molestan a las niñas. Al contrario, las miran envidiosos, porque ellas tienen en su habitación a un artista capaz de hacer bailar el corazón con melodías tan hermosas.

Hacia el amanecer, el ratón violinista regresa a su espacio en la cortina, acomoda su instrumento y sonríe como en un dibujo, quietecito, esperando que vuelva a anoecer.

La tortuga de colores

Felipa estaba harta de su color. «¿Por qué todas las tortugas tienen ese tono verdemusgo tan hermoso y yo soy casi anaranjada?», se quejaba a su madre. Su fama trascendió las fronteras de la comarca. Animales de todas las especies venían hasta Villa Trestroncos a observar a la rarísima tortuga «pelirroja», la única de esa clase en toda esa gran región del Chaco.

«Mamá, me voy a ir lejos», amenazaba la arisca tortuguita mientras su mamá procuraba tranquilizarla. Consultadas las tortugas más ancianas de la comarca sobre algún antecedente parecido, nadie recordaba semejante color. La gran tortuga médica llegó a la conclusión de que la mamá de Felipa había mirado demasiado tiempo el sol y que por ello su color influyó en su pequeña hija.

En la escuela para tortugas, armadillos y comadrejas de Trestroncos, Felipa era la «rara», y aunque sus amiguitas trataban de convencerla de que era hermosa, especialmente por ser diferente a los demás, Felipa se deprimía cada día más.

Su mamá comenzó a preocuparse cada día más por su pequeña, entonces consultó con el consejo de ancianas para ver qué solución podía encontrar para que Felipa no se sintiera tan triste. Fue por entonces que apareció por la comarca una comadreja que acababa de llegar de la ciudad. ¡Tenía los pelos del color de las flores del ceibo!

Ramona, la mamá de Felipa, hizo amistad con ella y le preguntó cómo se había pintado así. Con el secreto danzando en su corazón, recorrió el monte buscando plantas y flores de diversos tonos, para hacer con ellos los tintes con que pintar a su hija.

Cuando le preguntó a Felipa en qué color quería ser pintada, ella exclamó: ¡Con todos! El resultado fue una preciosa tortuga de colores que parecía un monte en flor.

Desde ese día, caminó por los senderos de Trestroncos luciendo en su caparazón los alegres tonos de ceibos, caraguatás, aromitas, espinillos y flores de camalotes e yrupés. Las demás tortugas levantaban sus cabecitas para admirar su belleza.

Toto Michifús y el ángel de la guarda

Lluvia y frío desde la tardecita. Hacía horas que Toto Michifús caminaba totalmente mojado y tiritando de frío. Ron, ron, ron... no era su vocecita la que sonaba así, sino su estómago. Lo último que había comido el pobre gatito fue un pedazo de pan que encontró en un basurero. Ron, ron, ron... el estomaguito vacío hablaba a gritos.

Caminó por una cuadra semioscura, escondiéndose de cuatro perros que ladraban en la esquina. De pronto llegó hasta una vereda de piedrecitas redondas y le llamaron la atención las luces muy blancas de la casa. Se quedó mirando. Por la ventana vio a tres niñas que cenaban felices con su papá y mamá, le llegaron sus risas y su alegría, mezcladas con el ruido de la lluvia. Las miró durante largo rato saboreando con un poco de envidia su felicidad y su comida, mientras unas lagrimitas redondas caían hacia su hociquito.

Toto Michifús se recostó por la reja y se quedó quietecito durante varias horas. Semidormido sintió que alguien le tocaba el hombrito. Era un hermoso ángel, el ángel de la guarda de una de las nenas.

-¿Qué te pasa, gatito?

-Tengo hambre y frío -contestó Toto Michifús.

-¿Por qué no vas a tu casa?

-Ya no tengo casa. Mamá murió hace un tiempo, mi papá salió a buscar comida y nunca regresó, y a mi hermanita se la llevó una señora. Yo me quedé solo y no tengo dónde ir -le contestó con la voz quebrada por la tristeza.

El ángel lo tomó de una patita y lo invitó a entrar a la casa, pero el gatito se resistió.

-Tengo miedo de que me espanten, a la gente no le gusta que yo entre a sus casas -dijo angustiado.

-No te preocupes, gatito, ya todos están durmiendo.

El ángel lo introdujo a la casa por la ventana de la sala, lo llevó a la cocina y revolvió en el basurero las sobras de la cena. De pronto aparecieron en un plato una pata de pollo a medio comer, arroz con papas, un pedazo de carne con grasita, un trozo de pan fresco... Toto Michifús cenó como hacía mucho tiempo no lo hacía. Mientras él comía, el ángel de la guarda lo secó con un repasador. Luego, empujó el sofá de la sala y le preparó detrás una mullida camita con un trapo de piso seco y dos remeras sucias. Toto se negó a quedarse: tenía mucho miedo.

-No te preocupes, mañana antes que nadie se levante, yo te despertaré.

Toto Michifús se acostó y el ángel lo tapó con una enorme remera blanca y lo acarició hasta que se quedó dormido. Toto soñó con cosas hermosas hasta las seis de la mañana. A esa hora, el ángel de la guarda lo despertó, le dio de tomar un tazón de leche con pan y le entregó una bolsita con algunas sobras de comida que logró quitar de la heladera.

-Volvé esta noche -le dijo a su agradecido amigo.

-Tengo miedo de ser pillado -contestó el gatito mientras traspasaba las rendijas de la blanca reja.

Sin embargo, volvió esa noche y muchas más. Al regresar cada noche, el cada vez más lindo gatito le contaba al ángel de sus travesuras por el barrio, y el ángel a su vez le comentaba las nuevas ocurrencias de la niña que cuidaba. A Toto Michifús le fascinaba escuchar hablar de esa pequeña de hermosos ojos que cantaba todo el día mientras crecía feliz en esa casa llena de peluches, flores y amor. El ángel le prometió que quizás muy pronto conseguiría que esa familia lo adoptara como mascota.

Sin manchitas

Lilí nació toda de un color. Amarillita-beige, sin manchas como las demás jirafitas de su comarca. A medida que fue creciendo esto la preocupaba cada día más.

-Mamá, ¿cuándo saldrán las manchas en mi espalda? -era su constante pregunta.

-No lo sé, mi amor -respondía ella angustiada, procurando que no se le note en la voz.

Cuando Lilí se fue a la escuela, se sintió peor que nunca. Por aquí y por allá, miraba en rededor para descubrir otras como ella, pero nada. Todos los compañeritos tenían manchas.

Una tarde, cuando regresaba a su casa, escuchó unas voces que le gritaban divertidas: «Lilí no tiene manchitas, Lilí no tiene manchitas...» Llegó a su casa llorando. Entonces, a su mamá se le ocurrió una idea. Salió a la calle y regresó con un pote de pintura y un pincel.

Limpió la espalda de Lilí con un trapo y le dibujó unas lindas manchas con un lápiz, luego las rellenó con pintura. Lilí se miró en el espejo y quedó maravillada. Al día siguiente todos comentaban en la escuela de jirafas que Lilí estaba hermosa. Pero tres días después la lluvia la tomó por el camino. Llegó a su casa desteñida y llorando. Pero su mamá la volvió a pintar una y otra vez; todas las veces que llovía y se desteñía.

Sin embargo, llegó el invierno y la lluvia era cosa de todos los días. Salía pintada y volvía despintada. Llegó un momento en que ya no quería salir a la calle. Fue entonces que se le ocurrió recurrir al dios de las jirafas. Rezó día y noche pidiendo que le salieran aunque sea unas pocas manchitas. Pasaron varios días pero no obtuvo respuesta a sus pedidos.

Una tarde, cuando regresaba de la escuela con sus compañeritas, una fuerte tormenta les hizo detenerse en una despoblada esquina. Esperaron bajo la intensa lluvia; cuando ésta terminó, Lilí estaba totalmente despintada... sin embargo, sus amiguitas la miraron asombradas y una a una fueron tocando su lomo con los hocicos.

-¿Qué pasa? -preguntó Lilí.

-¡No te despintaste! -le dijeron a coro.

-Sí, se despintó -agregó Lolita (la jirafita más alta)-, lo que pasa es que debajo de la pintura se han quedado unas manchas verdaderas, sus propias manchas.

Lilí corrió a su casa para que su mamá la fregara con un trapo. Allí comprobó que el dios de las jirafitas hizo realidad su sueño.

Rita, la rana caprichosa

Cumplir once años fue todo un acontecimiento para Rita. Sintió que ya estaba tan grande que podía hacer lo que quisiera. La encantadora ranita se convirtió en otra pequeña gruñosa, contestadora y un poquito malcriada; ya no era la misma que seducía con su encanto a todas las ranas (pequeñas, grandes y medianas) de la laguna.

Tan antipática se puso que ya no le gustaban los gusanitos que su mamá preparaba con amor, ni las golosinas que su papá compraba para ella al borde de un enorme charco que se formó al otro lado del pueblo. Para Rita sólo eran válidas las cosas que ella misma elegía: comida, ropitas, juguetes, todo.

Un domingo de marzo, Rita se levantó temprano y le dijo a su mamá que iría a visitar a su abuelita, para comer los deliciosos postres que hizo con los rosados huevitos.

-Hoy no puedo llevarte -dijo su mami.

-Pero es que no quiero ir contigo -contestó Rita-, voy a ir sola.

Su mamá trató de hacerle entender que era muy chica para viajar solita hacia el charquito negruzco donde vivía la abuelita; pero Rita, desenvuelta, se puso su pollerita a motas anaranjadas, tomó su mochila con dibujos de pescaditos y se fue canturreando alegremente hacia la parada de colectivos.

Grandote, el colectivo de caranday guiado por un enorme sapo se detuvo para alzar a los pasajeros: una rana embarazada con cuatro hijitos, dos sapitas muy coquetas, un simpático pajarito que silbaba sin parar y un conejo con cara muy asustada fueron subiendo uno a uno.

Rita se sentó adelante para reconocer el lugar donde debía bajar. El viaje fue largo, interminable. Comenzó a sentir hambre, porque como no le gustó el desayuno que preparó su mamá, no había tomado nada. Uno a uno los pasajeros fueron descendiendo; finalmente se quedaron sólo ella y el sapo conductor.

No reconocía el lugar donde estaba. Comenzó a sentir un frío sudor. El sapo paró la marcha en un lugar donde había muchos otros colectivos de caranday y palo santo, y le preguntó si no se había perdido. Rita se echó a llorar.

Finalmente, esperó mucho tiempo hasta que el sapo y su colectivo volvieron a salir y la devolvieron a la orilla de su laguna. Cuando llegó a su casa, sus padres y sus hermanos estaban almorzando felices.

Sin decir nada, Rita tomó un plato y se sentó a comer con ganas los gusanitos hervidos con salsa de tomates, tomó el jugo de camalotes y saboreó extasiada un flan hecho por su mami con huevitos, leche y canela.

Jessica

Puro algodón y miel en su pelaje. Jessica se tendió a dormir a la vera de la ruta por la que pasaban interminables autos, camiones y ómnibus, cansada de tanto caminar durante largas horas. «De aquí nadie me mueve», pensó la hermosa perra collie, mientras doblaba sus patas hacia el pastizal amarronado por la reciente quema.

Cuando despertó, el cielo era una llama que se expandía hacia el horizonte. La carretera, casi desierta a esa hora, invitaba a caminar por ella rumbo hacia ese lugar cuyas señas buscaba desesperadamente en su memoria. Sin embargo, muy pronto se vio obligada a retomar su viejo camino hacia el costado, de lo contrario, terminaría arrollada.

Miró a su alrededor. Puro descampado hacia ambos costados del camino. Ni siquiera una casa cerca donde ir a husmear un poco de comida. El estómago comenzó a despedir ciertos ruidos que reconoció como de alerta: «Jessica, estoy vacío». El sol quemante del mediodía la obligó a hacer una pausa bajo un enorme árbol; de paso, aprovechó el tronco para humedecerlo con su líquido sobrante.

Más liviana aún, volvió a retomar su viaje con la esperanza de llegar pronto a destino. ¿O acaso no era mejor desviar la ruta y buscar otros rumbos? Quizás, se dijo Jessica, mientras caminaba más lento debido al cansancio y el hambre. Pasó por un poblado, que en nada se parecía a la pequeña ciudad que estaba buscando.

«¡Qué mala memoria!», pensó mientras renegaba de no recordar datos nítidos sobre aquel lugar donde vivió cuando era apenas una cachorra y al que regresaba tanto tiempo después, siguiendo las huellas de su dueña. Una huella que no podía oler, porque los autos no tienen ese aroma que identifica a los humanos.

Nuevamente a oscuras. A lo lejos, muchas luces titilantes le anunciaron un nuevo poblado. Tal vez sea el lugar, pensó mientras se derrumbó cansada en el camino.

Quizás dormir algunas horas la ayudaría a recordar mejor.

Taormina

Entre el arroyo de aguas limpias y las enormes hojas verdes de la campanilla silvestre vivía Taormina. De día era apenas un bichito más en ese hermoso barrio de Caacupé, pero de noche... De noche se convertía en una pequeña estrella titilante en medio de la oscuridad.

Como todo bichito de luz, Taormina tenía una vida normal mientras el sol alumbraba; pero con las primeras sombras del anochecer, su pequeña linterna comenzaba a despedir reflejos verdejados que alegraban ese pequeño valle donde estaba ubicado su hogar.

La vida tenía sentido a esas horas, cuando haciendo rondas con sus amiguitas, recorrían los baldíos, volaban sobre el arroyo, espiaban a los niños que jugaban como ellos. Pero pronto se cansó de ser chiquita. Quiso volar más lejos y crecer, dejar de ser apenas una bichita de luz más entre tantas.

¿No podía ser una enorme mariposa amarilla de día y una luciérnaga de noche? Así sería más placentera su vida. Eso es lo que creyó.

-Mamá, me voy lejos -anunció una mañana. Nadie la pudo persuadir que al otro lado del cerro la vida era muy diferente.

Taormina partió, con algunas ropitas y pilas de reserva para su linternita. Voló durante varias horas hasta traspasar totalmente el cerro de Caacupé. Le costó decidirse por el territorio donde acampar: todo parecía muy hostil, muy solitario. Finalmente decidió viajar por más tiempo hasta llegar a un lugar que realmente la convenciera.

Ya era de noche cuando muchísimas luces enormes le molestaron la visión. Taormina se asustó. Siempre le habían intrigado esas enormes linternas que ponían los humanos en los lugares donde viven y en los caminos; sin embargo, jamás había visto tantas enormes linternitas juntas.

Su pequeña lucecita pasó desapercibida en la ciudad. Era apenas un puntito verde en un torbellino de luces blancas, amarillas, rojas, verdes, azules, amarillas. Su leve parpadeo se perdía en medio de esos soles que titilaban incansables en todas partes.

Se durmió cerca de un arroyo gigantesco, en la copa de un árbol ubicado frente a una casa inmensa, blanca como las campanillas que se abrían al amanecer, cerca de su querido arroyito. El ruido de algo inmenso que se movía con el viento, allá arriba, sobre su cabeza, le llamó la atención.

Se alimentó de pequeñas miguitas que las palomas dejaron en la calle. Caminó casi cegada por la luz de la medianoche. Extrañó las voces de sus hermanos, el desayuno

preparado por su madre, el rumor del agua cayendo en la pequeña cascada y el juego con sus amigas.

No quería volver y reconocer que se había equivocado. Buscó por todas partes a luciérnagas amigables que la invitaran a compartir su casa, pero no las encontró. Unas maripositas blancas que jugaban cerca del gran charco de agua le dijeron que ya no quedaban bichos de luz en la ciudad. Los humanos las mataron contaminando el medio ambiente.

No le gustaba la palabra morir. A Taormina le fascinaba la idea de vivir mucho tiempo y continuar creciendo: jugar, amar, conocer muchos lugares, tener pequeños bichitos... y regresar a su comarca.

Esperó un nuevo anochecer y emprendió viaje, porque la oscuridad se convertiría en una gran aliada para volar rápido fuera de la vista de los humanos.

Cuando llegó a su casa, las campanillas blancas comenzaban a estrenar capullos nuevos. Desde la pequeña cocinita instalada en una hoja, le llegó el aroma del té de hierbas que su mamá estaba preparando.

La hormiguita Josefina

En un gran tronco lleno de musgo y aserrín vivía Josefina con su numerosa y feliz familia. Como todas las hormiguitas del bosque, Josefina acudía a la escuela de animalitos que estaba ubicada cerca de la laguna grande. Allí, la lustrosa pantera Maripili se encargaba de enseñar a los pequeños habitantes del lugar todo lo que necesitaban saber para desenvolverse en su vida como adultos.

A Josefina le fascinaba ir a la escuela. Allí, todos la admiraban por su carácter alegre y generoso, pero también porque siempre lucía hermosa, estrenando en forma constante preciosos vestiditos que su mamá le confeccionaba. Un día iba vestida de amarillo intenso (ropita hecha con pétalos de girasol), con un conjunto verde hecho con hojas de banano, con un pantalón rosa oliendo a pétalos de rosa, con un tapado lila del mismo tono que las orquídeas silvestres. ¡Ah!, Josefina era toda sonrisas, fragancia y hermosura cuando iba camino a la escuela.

Una mañana, cuando doblaba la esquina de los eucaliptos, se encontró con Lorena, su compañerita que vivía en el enorme hormiguero rojo del bosque. Ella estaba llorando, con la cara muy triste.

-¿Qué te pasa? -le preguntó Josefina

-Es que estoy un poco triste -contestó Lorena.

Luego de mucha insistencia, Josefina consiguió que su amiguita le contara el motivo de su tristeza: era su cumpleaños, y su mami no había podido comprarle un vestidito nuevo, tampoco podía organizarle una fiestita con azúcar y miguitas de pan porque estaba muy escasa de dinero.

Josefina llevó a Lorena debajo de una enorme hoja y la obligó a quitarse su gastado vestidito confeccionado con hojas de romero. En cambio le regaló su precioso vestido tableadito, de pétalos de margarita blanca. ¡Lorena estaba preciosa!, y a Josefina le quedaba perfecta la ropa de su amiga.

Tomadas de la mano, las dos se fueron cantando por el camino, mientras juntaban hojitas de agrial para merendar con los compañeritos.

Puntos suspensivos

Lo llamaban Puntos suspensivos. El pequeño pájaro negro fue abandonado por su madre antes de nacer. En su recorrido por el bosque, la gorriona que encontró el huevo tirado en el pastizal, se compadeció de su suerte. No pudo moverlo sola, entonces recurrió a la ayuda de su esposo para llevarlo hasta el nido.

Ubicaron el enorme huevo junto a los diminutos huevitos puestos por la gorriona. Después de varios días de darles calor, fueron naciendo los polluelos: cuatro gorrioncitos y un pajarito negro. Mamá gorriona y papá gorrión se pusieron felices; no les preocupó en absoluto la inclusión de un hijito más.

Sin embargo, muy pronto se comenzó a sentir su presencia. El pajarito negro creció más rápidamente que los gorriones y por lo tanto precisaba de mayor cantidad de comida. Papá tuvo que trabajar más para abastecer a su familia y mamá se pasaba el día separando a los pequeños que se agarraban a picotazos por cualquier motivo. En aquel nido ya no se podía estar tranquilo, el alboroto y la falta de espacio eran evidentes.

Cuando salían a pasear, el pajarito negro -cada día más grande- sobresalía enormemente entre los demás miembros de su familia adoptiva, hecho que provocaba burlas entre los niños de las demás familias de pájaros. Mamá gorriona intentaba consolar al pequeño diferente, pero éste comenzó a sentirse un extraño en ese nido.

Papá gorrión decidió llamar Java al pequeño, para intentar conseguir que los demás pajaritos del bosque dejen de llamarlo Puntos suspensivos. Sin embargo, el éxito fue parcial.

Con el correr del tiempo, papá gorrion fabricó un nido anexo al nido familiar, porque ya era imposible que cupieran todos en uno. Java se mudó al nuevo, pero uno de los gorrioncitos le pidió que lo dejara acompañarlo.

Cuando llegó el otoño y los árboles perdieron sus hojas, la familia se vio obligada a emigrar en busca de un lugar más protegido. Java intentó persuadir a sus padres adoptivos de que lo mejor era separarse, sin embargo, no se lo permitieron.

Volaron en caravana hasta otro lugar. Eligieron un bosque distante donde nadie los conocía. Allí sus cinco hijos podrían crecer tranquilos, sin que a nadie le llamara la atención el color de Puntos suspensivos.

Nino, el carpincho feliz

Cuando el abuelo regresó de la caza, trajo bajo el brazo izquierdo un amarronado bulto que chillaba: era un pequeño carpincho que se revolvió en una bolsa de arpillera. El alboroto en la casa fue mayúsculo: entre los chillidos del animalito y la algarabía de los niños aquello se convirtió en una fiesta patronal.

«Abuelo, no nos podemos comer al carpinchito», dijo Luciana con lágrimas en los ojos. Entonces el anciano le explicó que no tenía ninguna intención de sacrificar al pequeño... mientras lo fuera. Para consumir había traído dos venados, cuatro tatú carreta, dos chajás y varios patos salvajes de color oscuro.

A la abuela no le agradó mucho la idea de un nuevo habitante para su pequeña granja. Estaba segura que sus gallinas, patos, pavos y chanchitos no recibirían con buenos ojos al recién llegado. «Yo lo voy a cuidar», dijo Ruperto, mientras tomó en brazos al bichito.

A las cinco de la tarde y a orillas del río, con toda la comunidad infantil que vivía cerca del atracadero de la balsa en Villa Hayes, el pequeño carpincho fue bautizado como Nino. Con papá, mamá, padrinos y tíos auto-adjudicados.

Jamás se vio animal más feliz. Nino era dueño y señor de la orilla; allí podía revolcarse en el lodo, meter su hocico entre los camalotes, nadar, hundirse, esconderse, retozar, correr tras los niños, disfrutar su infancia...

«Ese bicho feo es primo hermano del ratón», dijo Aurelio, el primo adolescente que llegó de la ciudad. «Claro que no», le replicaron a dúo Luciana y Ruperto. «Nino no es un ratón, es el carpincho más hermoso del mundo».

Cada día más robusto, Nino dejó de caber en los brazos de los chicos y éstos comenzaron a escudriñar las miradas de los abuelos que cotejaban su tamaño y hasta hablaban de las deliciosas empanadas y chataca con arroz que podían salir de su cuerpito.

Entonces surgió el plan. Hablaron con don Tiburcio, el botero de la otra orilla, para que llevara a Nino hasta el delta del río Verde, donde el abuelo lo había agarrado, para que pudiera buscar a su familia. Sin embargo, el anciano remero comentó el plan con el abuelo, que se sintió muy dolido por la sospecha de que deseaba comerse al carpincho. «Ustedes escucharon sólo una broma», les tranquilizó.

Nino continuó retozando feliz con sus amigos durante muchos años, hasta que murió de puro viejito.

Nara, una mojarrita en apuros

Su familia se había ido aguas abajo huyendo de las pirañas, que ese año estaban más grandes y malvadas que nunca. Pero como ella era muy caprichosa, decidió quedarse a vivir con su tía Silvina, que tenía su casa en el arroyo que se perdía cerca del monte. «Yo me quedo, mamá», dijo muy decidida la pequeña mojarrita plateada.

Su mamá juntó a sus veinte hermanitos, a la abuelita Juana, al tío Lucrecio y a los sobrinitos huérfanos y los llevó hacia otro lugar para resguardarlos del cardumen que se acercaba a su refugio. Nara no quiso ir. Optó por quedarse a jugar con sus primitas plateadas que tenían un enorme lugar donde guarecerse.

Sin embargo, los mandi-í que pasaron asustados por allí comentaron a viva voz que las anaranjadas pirañotas se estaban acercando peligrosamente. La tía Silvina se puso lívida. Ordenó a sus hijos y sobrina que prepararan sus cosas para partir; y en contra de la voluntad de todas se marcharon de noche, siguiendo el rastro de las otras especies que también estaban huyendo.

Dejaron de nadar hacia el amanecer, cuando encontraron una zona resguardada entre dos pequeñas islas. Nara comenzó a extrañar a sus hermanos y a su madre, pero trató de mantenerse fuerte. Hacia ambas orillas del río, los pescados pequeños huían despavoridos del avance de las pirañas. En su corazón, Nara deseó ser un enorme pescado y no una

simple e indefensa mojarrita que en segundos puede ser devorada por un pescado un tanto más grande.

Dos días después tuvo noticias de su familia. Habían sido atrapados en una red que echaron unos pescadores; pero el patí que le contó aquello también le dijo que estaban a salvo porque fueron llevados a un estanque familiar para mantener limpia el agua.

Desde ese día, Nara se quedó esperando que la misma red la atrapara a ella para volver a reunirse con los suyos.

Un zorrino diferente

No tenía nada de olor. Debido a esto, Pototo no parecía un zorrino común y silvestre. Lo que pasaba era que el aventajado animalito había vivido en la ciudad y por lo tanto tomó costumbres muy finas como bañarse, utilizar desodorantes, perfumes, jabones, talcos y otros chiches de belleza.

Cuando Pototo llegó a Villa Dos Laureles todos salieron huyendo; sin embargo, cuando pillaron que no tenía olor alguno, se fueron acercando poco a poco para entablar conversación con él.

-¿Qué les pasa, amigos? -preguntó altanero-. ¿Acaso nunca vieron un zorrino tan apuesto?

Su soberbia los espantó mucho más que el mal olor que esperaban hubiera tenido, y uno a uno volvieron a sus quehaceres habituales: el gallo retomó su lectura en el gallinero, los gansos continuaron jugando una partida de casita robada, el pavo real desplegó su maravillosa cola para demostrar que allí nadie era más rey que él, los conejos continuaron correteando, las gallinas regresaron a sus cacareos, los chanchitos retornaron a su amado fango, los perros se tiraron al suelo para refrescarse las barrigas... sólo el adolescente gatito angora lo siguió por todo el pueblo, convencido de que estaba ante una celebridad de la capital.

-Sígueme, pequeño, y aprenderás grandes cosas de súper Pototo -le dijo el coqueto zorrino.

Pepito se convirtió en su fiel secretario. Le consiguió posada, le buscó alimentos, le proveyó de habanos para fumar y le consiguió una cita con la zorrina más hermosa de Villa Dos Laureles. Pero Pototo la rechazó... por considerarla demasiado fea y poco perfumada para él.

El comentario recorrió los alrededores. El forastero osó rechazar a la más inquietante de las zorrinas del pueblo. ¡Qué atrevido!, dijeron a coro las chismosas del lugar. En una reunión improvisada en el pasillo del establo, el gallo sostuvo que alguien debía poner en su lugar a tan envalentonado personaje; los machos estuvieron de acuerdo; no así las hembras, que lo consideraban atractivo y diferente.

Pepito el gato le contó sobre los comentarios en su contra, pero a Pototo no le importaban en absoluto las opiniones de los demás, especialmente si no le favorecían. Continuó disfrutando de su vida, despreciando a toda la gente y humillando hasta al pobre gato que lo servía como el más fiel de los sirvientes.

Pero Pototo encontró escarmiento. Abusando de su incontrolable gula, cenó muchísimo. El dolor de estómago no se hizo esperar; sufrió toda la noche mientras se revolcaba en su cama de la posada. Hizo llamar a doña taguacita, la médica del vecindario, pero ella no lo pudo curar; entonces recurrió al brujo de los zorrinos, pero ellos ignoraron su sufrimiento por haber ofendido a su más bella representante.

Hacia el amanecer, el dolor de estómago estaba matando a Pototo. Entonces le pidió a Pepito que arrancara las flores más hermosas y se las llevara a la linda zorrina, para pedirle disculpas. El gatito llevó a cabo la orden y regresó con un amargo té que terminó con los espasmos del zorrino.

Ese gesto de disculpa y la ayuda encontrada en alguien que él había ofendido, le hizo comprender que no se debe ser ofensivo con nadie, y mucho menos ser tan altanero y poco modesto.

Una remera para Lucrecia

Tiritaba de frío. Durante toda la madrugada estuvo acurrucada junto a su mamá, soportando el viento de invierno. Para un perro cualquiera, aquello no era demasiado grave, pero sí para una pequeña cachorra recién nacida.

Sofía, su preciosa mamá, fue expulsada de la casa donde vivían por haber robado un trozo de carne que estaba sobre la mesa; su dueña no se apiadó de su hinchado vientre; la echó a la calle en plena tarde fría, sin darle la oportunidad de tener antes a sus cachorritos.

La perra caminó durante horas, buscando un lugar donde tirarse a descansar. Finalmente, eligió el mercado. Allí, dos señoras le hicieron un lugar entre las cajas de cartón donde estuvieron las frutas, para que pudiera dar a luz a sus hijitos. Pero llegada la noche, todos se fueron y Sofía se quedó sola entre gatos ariscos y perros que la miraban no demasiado amigables.

Comió con poca gana la comida que le habían dejado. Pateó a los ratones que quisieron acercarse a su improvisada cama de cartón y se tiró a esperar el nacimiento que ya sentía inminente. El frío se hizo más intenso, al igual que los dolores.

Con tremendos gemidos comenzó a alumbrar. Uno, dos, tres, cuatro... fueron saliendo los cachorritos. Los limpió uno a uno con la lengua y trató de darles calor, pero el frío era demasiado intenso.

Cuando llegaron las mercaderas, dos de los cachorros habían sucumbido al frío. Sólo quedaron un machito y una hembra. Una niña llegó corriendo y abrazó a los animalitos. Le dio el macho a una amiguita que lo calentó sobre el pecho; y ella envolvió a la hembra con una remera tibia y perfumada.

-Te voy a llamar Lucrecia, como mi muñeca -le dijo al oído.

Sofía la vio alejarse con su cachorrita, convencida de que a su lado no le faltaría jamás ningún tipo de calor.

Tarde de lluvia

Todos los patos esperaron tranquilos que pasara la lluvia; sin embargo, los otros animalitos salieron despavoridos a refugiarse en los corredores de la casa.

Juanita se puso el piloto y corrió hasta la orilla del río, para tratar de que los patos la siguieran hasta el galpón del gallinero. Sin embargo, los mismos continuaron inmóviles bajo las gruesas gotas de agua que se deslizaban sobre sus plumajes.

Mojadísimo, Tobías, el anciano perro, se sacudía ante la protesta de la abuelita y la algarabía de los niños que festejaban cada «rociada» de las agüitas que despedía. Hacia el fondo de la cocina, Michito maullaba molesto porque no le gustaba el agua. En el gallinero, las mamás gallinas protegían a sus pollitos dándoles calor bajo su cuerpo.

Los patos no eran los únicos felices con la lluvia; hacia el fondo de la casa, Cuchita y su vasta prole se revolcaban felices en el lodo. Desde el corredor, los niños festejaban con palmadas los juegos de los pequeños cerdos en el barro.

En un descuido de la abuelita, Juanita, Rosa, Pedro y Tito salieron corriendo a corretear bajo la lluvia. Los retos no se hicieron esperar. Todos debieron regresar hacia el corredor a secarse las cabezas y a mudar sus ropas húmedas, mientras rogaban en su interior que la

abuela necesitara urgente que uno de ellos fuera hasta el almacén a buscar alguna cosa que faltara.

-No hay galleta -la frase de la abuelita sonó a dulce de leche en sus oídos, mientras se atropellaron para cumplir con el mandado.

La abuelita pilló la intención y decidió que era mejor hacer buñuelos para que ninguno se mojara bajo la lluvia.

La cara de decepción de los cuatro pillos duró todo la tarde.

Cuando el sol quiere morir

Se había tirado a dormir a la orilla del camino, porque estaba seguro que por allí no pasaba casi nadie y no había peligro de que lo pisaran o que los niños le tiraran con piedras.

Renato estaba triste. Muchas veces se preguntó qué era aquella extraña sensación que lo embargaba todos los días a esa hora, cuando las luces se iban poniendo de otro color y el sol quería morir en el horizonte. Siempre quiso saber si los demás animales sentían lo mismo que él, pero hasta el momento no se había atrevido a preguntárselo a nadie que no fuera de su especie.

Para un pequeño lagarto, hacerse tantos cuestionamientos ya era demasiado, le había dicho una vez Ivelice, su amiga adolescente, quien sólo se preocupaba por ponerse al sol todos los mediodías para tener un espléndido color en la piel y de esa forma atraer las miradas de todos los lagartos más atractivos de Villa Nueve Lagos.

-Quiero saber por qué me pongo triste -repetía como una letanía, al tiempo que miraba morir el sol boca arriba, con las manitas bajo la cabeza, mientras los chajás sobrevolaban el añoso y anclado barco que estaba hacia el matorral.

-Mi rey, no tenés remedio -le dijo burlona su amiguita, quien iba camino a una cita con Aurelio, el camaleón más forzado de la comarca.

Renato continuó cavilando a la vera del camino, tratando de entender por qué su estado de ánimo estaba tan relacionado con la luz del sol, cuando que la luz de la luna era también terriblemente hermosa.

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



editorial del cardo